

Autobiografía  
de Juana Elisa Aravena



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Escuela de Postgrado  
Programa de Magister en Artes Visuales

# Autobiografía de Juana Elisa Aravena

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE MAGÍSTER EN ARTES  
CON MENCIÓN EN ARTES VISUALES

**Camila Lucero Allegri**

Profesor guía: Pablo Rivera

Todos los derechos reservados por Camila Lucero Allegri.

Fotografías y textos por Camila Lucero Allegri.  
Diseño por Camila Lucero Allegri y Antonia Isaacson.

Santiago - Berlín.  
2018.

## Indice

6	Agradecimientos
8	PRÓLOGO
17	PRIMERA NOCHE Septiembre 1987, 20:00 hrs.
24	SEGUNDA NOCHE Noviembre de 2003, 22:30 hrs.
29	LA HISTORIA DE JUANA ARAVENA
41	TERCERA NOCHE Apuntes, marzo 1990. 3:00 am.
42	CUARTA NOCHE Concepción, noviembre de 2003 20:30 hrs.
48	LA MAÑANA Julio de 1991, 07:00 am.

## Agradecimientos

Debo agradecer al equipo del Museo de Artes Visuales - MAVI - (2016) por la disposición, comprensión y cariño y, particularmente, a su ex directora, Ana María Yaconi, por el apoyo que me brindó movilizada por su interés genuino en el arte, y a María Irene Alcalde, curadora del museo.

A Antonia Isaacson, quien en eternas conversaciones me ha acompañado como amiga y profesional. A María José Espinoza, por su disposición a corregir y editar mis textos. A Pablo Rivera, por su paciencia como consejero, y a todos y todas los que me escucharon y compartieron sus valiosas opiniones.

Por último, quisiera agradecer a Nora, Ricardo, y Matías, por todo.

## Prólogo

Decidí hacer uso de este documento escrito para optar al grado de Magíster en Artes, con mención en Artes Visuales, cuando el trabajo se encontraba a medio camino. Ya había comenzado antes, instintivamente, llevada sobre todo por el deseo de extrapolar mi identidad. Me apropié de la voz de una tercera persona, con quien comparto genética e historia, en lo que podría haber sido una de tantas versiones de mí misma (y viceversa). Resolví tomar esta tercera voz e iniciar un texto que sería por necesidad en parte imaginario, en parte autobiográfico.

Es protagonista la presencia de la ciudad y el paisaje en la composición en un estado primario y trascendental. No es azaroso haber visto a los hermanos de mi abuela, agonizantes, alucinar con sus experiencias en paisajes infantiles (paisajes compartidos conmigo), recogiéndose el recuerdo hacia la primera memoria justo antes de la muerte.

### Tesis-obra de artes visuales

Me sirvo de la necesidad de finalizar el proceso de Magíster en Artes Visuales con la entrega de este documento escrito como la oportunidad para llevar a cabo una tesis – obra. Pongo especial atención en el <valor visual> del relato, que, a su vez, da contexto a una lógica de pensamiento individual (y múltiple). Desarrollo este ejercicio pseudo-académico-interdisciplinario<sup>1</sup> en una propuesta creativa que prefiero llamar una narración visual, valiéndome, por necesidad y gusto, de herramientas propias del mundo literario.

Me parece pertinente abordar de forma breve el tema del uso de la escritura en una tesis de artes visuales, añadiendo, un guión y la palabra obra. No

<sup>1</sup> Pseudo, porque no termina de responder a una estructura puramente académica, e interdisciplinario, porque me hago cargo de inquietudes que competen al mundo de lo visual, a través del lenguaje escrito.

quisiera quedarme sólo con el argumento de que la propia academia exige la entrega de un documento escrito, debido a que me he tomado la libertad de utilizar el medio de la escritura como herramienta creativa, levantando de paso algunos cuestionamientos formales que surgieron en el desarrollo de esta tesis.

Considerando que cada vez son más los procesos de producción que rondan la interdisciplina, los trabajos por encargo, los experimentos con sonidos, con imágenes en movimiento, etc., sigue existiendo un conflicto de categorización de las técnicas o medios de producción.

Un ejemplo de lo anterior es cómo se van creando nuevos nombres y nuevas definiciones que intentan definir sub-técnicas. En un intento heredado de la academia por abarcar los distintos medios de expresión artística que han ido y seguirán surgiendo. Delimitando y experimentando, paradójicamente, <<Lo creativo>> bajo ciertas etiquetas, llámense, literatura, música, pintura, fotografía, escultura, arte textil, etc., llegando incluso a categorías tan absurdas como la de arte femenino. Ignorando por completo la experiencia estética como experiencia perceptiva, donde por definición se conjugan todos los sentidos y solo se aleja el foco de lo esencialmente artístico: la obra.

Personalmente, nunca logré llegar a una etiqueta o a un concepto que describiera completamente <qué hago> cuando genero obras, e identifico que esa etiqueta siempre intentó responder a una categoría. Aunque por mucho tiempo fue una necesidad que no pude satisfacer, ahora mismo comprendo que probablemente la necesidad de categorizar o etiquetar una composición <artística> me sea completamente ajena. Al mismo tiempo, afirmo ahora que el hecho de intentar sistematizar la producción creativa es, en efecto, paradójico.

Planteo brevemente el problema de cómo un texto escrito puede ser considerado una tesis-obra de artes visuales, con el foco del problema puesto sobre lo visual, para concluir que tal problema radica en un conflicto de categorización de las artes, es decir, un problema puramente formal, cuestionándome con ellos el lugar donde se origina lo visual, y si es posible o no generar imágenes (mentales) a través de un texto. (...).

Me es especialmente interesante notar cómo en el chorreo de imágenes

que emergieron en el desarrollo del texto, fueron, asimismo, apareciendo algunas coincidencias con ideas que considero esenciales en la composición de mi trabajo, todas emanadas desde el contexto del cotidiano. La metáfora del mar como elemento omnipresente y el ejercicio de la mirada que revela ciertas acciones que he dotado de valor visual, entramándose en una composición que, finalmente, da sentido y contexto a lo que he escrito.

*Autobiografía de Juana Elisa Aravena* se desarrolla en el centro de tres vértices de un triángulo equilátero, donde (A) tiene el nombre de Juana Elisa, quien toma la voz del relato en primera persona; (B) son las piezas que faltan, completadas con mi propia autobiografía; y (C) es la estructura de *Las noches blancas* (Título original: *Biélye nochi*, 1848) de Fiódor Dostoyevsky, una lectura que compartimos y discutimos juntas, siendo yo aún una niña. Habiendo correspondido a Juana Elisa en el lugar del protagonista de esta novela corta. Aquí cambia el frío escenario de unas noches sin la completa oscuridad en San Petersburgo, por la ventosa costa de Penco y la presencia del mar que tiene lugar desde una pequeña ventana de una habitación en la octava región de Chile.

La narración visual se compone, entonces, manteniendo la estructura de *Las noches blancas* en seis capítulos: cuatro noches, una mañana y la historia de Juana Elisa. Siendo cada uno de ellos un relato autónomo. Si bien el orden del texto mantiene un cierto ritmo, los capítulos pueden ser leídos cada uno de forma independiente.

La historia gravita alrededor de una vida sencilla y silenciosa en la voz de una protagonista que no lo es completamente, es, mejor dicho, un personaje secundario de los acontecimientos a su alrededor, quien a través de *acciones y observaciones* va manifestando su individualidad y protagonismo. En el texto Juana Elisa describe cuidadosamente acontecimientos de los cuales es espectadora. He tomado en su nombre algunos hechos de nuestras vidas de los que fui parte; otros, los recogí a través de versiones contadas a medio camino por algún familiar y posteriormente completadas con mi propia autobiografía.

Se trata de una serie de acontecimientos que adquirirán valor visual al distinguirlos como coreografías sobre un paisaje determinado que hace

las veces de un sitio específico. Cada pieza, cada movimiento componen y significan la acción que será descontextualizada del cotidiano al ubicar al lector en el lugar del espectador. Cada hecho ha sido distinguido con palabras con el objetivo de hacer emerger imágenes. Cada imagen quiere dar la oportunidad de presenciar y percibir el hecho. Cada hecho es en sí mismo una acción de arte que emana sus propios signos y sentidos, mostrándose como autónomos en tanto contexto y atmósfera.

Algunos detalles, algunos nombres han sido sustituidos en una mixtura entre dos vidas que se han cruzado en un punto. Compartiendo la casa, la historia y la metáfora del mar como telón de fondo: un mar ventoso, peligroso y desatado y, al mismo tiempo, generoso, paciente y leal, de tal manera que cada uno de los capítulos suceden en su presencia, contrastando así una vida sencilla que no ha repercutido aparentemente en el mundo, con la omnipresencia del océano pacífico. Así se da contexto a las acciones - visuales - descritas en la narración, tomando como objeto de estudio la intimidad de la voz que relata, sirviéndome del gesto de su mirada, desvelándola del anonimato y otorgándole textura visual a través de una autobiografía bifurcada y compartida, de hechos cotidianos que han sido dotados de significado.

### **Autobiografía de Juana Elisa Aravena.**

Juana Elisa Aravena Pérez fue el nombre de una de mis tías abuela, quien acompañó mi infancia y adolescencia desde el lugar de la presencia ausente. Hermosa y anciana en sus últimos días, con extrañas costumbres y sin una historia, aparentemente. Una mujer cuya familia cercana fuimos nosotros, la familia de su hermana: mi abuela veinte años menor, con quien vivió sus últimos quince años en una habitación del segundo piso.

Desde niña y de forma intuitiva fui armando un rompecabezas de esta vida teñida en escala de grises en términos de acontecimientos. Nadie fue suficientemente cercano a Juana Elisa como para afirmar con certeza qué hizo ella en tal o cual momento de su vida; sus fotos, sus menciones en cenas familiares, uno que otro registro de video, siempre fueron como

un actor secundario.

Desde que comencé este ejercicio no pude dejar de rememorar a Joseph Beuys, quien haya generado una incómoda relación entre arte y vida: “Todo hombre es un artista”<sup>2</sup>.

La narración toma un personaje como alegoría del cotidiano. Esta mujer que fuera inadvertida es, en este ejercicio, una artista: A propósito del mundo que le acontece, Juana Elisa va adoptando ciertas costumbres, sufriendo algunos síntomas, concediendo atención a ciertas observaciones sobre otras, dando protagonismo a la mirada detrás de una ventana, al mismo tiempo que manifestándose individuo al significar sus acciones, complejizando la riqueza de su mundo interior. Creando signos y sentidos en un mundo interior que no es codicioso, no quiere reconocimiento.

<sup>2</sup> Nombre que da título al documental *Joseph Beuys: Jeder Mensch ist ein Künstler*, 1979, dirigido Werner Krüger.

A Norella.



### **Primera noche**

**Septiembre 1987, 20:00 hrs.**

Desde hace dos horas estoy tomando el té de jengibre, con pedacitos de jengibre que yo misma corté; los corto pequeños con la ilusión de que así obtendré más beneficios. Una vez bebida la taza de jengibre, agrego nuevamente agua y, a su vez, unos cinco nuevos trocitos de jengibre, sin reemplazar los anteriores. Los corto sobre la misma tabla de madera, de aproximadamente un centímetro por lado, con un cuchillo pequeño, pero bien afilado sin prestar demasiada atención en quitar la cáscara. Me tomo alrededor de treinta minutos cada vez y al terminar acerco mis dedos hasta la nariz, frotándolos en un movimiento circular; luego, los llevo hasta mi boca para lavarlos con saliva.

Cerca de la cuarta taza de té de jengibre cuento con unos veinte trocitos en el fondo.

La tasa es grande y ancha, entonces, cuando tomo una bocarada de té de jengibre, mis ojos quedan casi por completo dentro de ella y, aunque podría mantener la vista por fuera de la taza, prefiero bajar la mirada y presenciar un increíble evento que sucede por efecto de la inclinación y el agua recién hervida dentro de

ella: cada pequeño trocito de jengibre toma su preciso lugar en el fondo, de tal manera que se alinean con el movimiento del agua hervida, uno al lado del otro, perfectamente, como si ese lugar siempre les hubiese correspondido, terminando por tapizar el fondo oscuro de la taza en un perfecto parqué circular, compuesto sólo de pequeños trozos de jengibre que yo misma corté, volviendo cada pequeña parte a ser una sola nueva pieza en el fondo de una taza.

Me voy bebiendo la taza de té de jengibre de una sola bocarada, mientras siento las llaves en la puerta; mi inquilino llega, como cada día, a eso de las 21:00 horas. El hombre, un poco leso y de gran corazón, de unos cuarenta y tantos años, trabaja como guardia en una sala de arte que está ubicada justo bajando una escalera hacia un sótano en la galería Universitaria, en el centro de Concepción. Aunque no tenemos una relación de amistad, mantenemos sí, muy cómodamente, un saludo cordial por la mañana y las correspondientes buenas noches al acabar el día. Algunas veces paso a visitarle al trabajo y le llevo algún caramelo, porque sé que, al igual que yo, gran parte del día está solo. Él arrienda una habitación de mi casa desde que se separó de su mujer, con la que tiene un hijo: Rodrigo, de diez años. El niño está en quinto año del ciclo básico, lo sé porque el año anterior me había regalado todos sus libros escolares. Hoy llegó un poco agitado. Al cerrar la puerta sirvió, sin antes preguntar, dos vasos de vino tinto y se sentó conmigo a la mesa; no era algo que acostumbráramos hacer, pero continué sentada. Me contó que al mediodía lo llamaron del colegio de su hijo, que el niño había tenido un accidente en el recreo, que debió dejar su trabajo para ir a asistirlo. No le dieron detalles. El hombre recibió el recado por medio de un paraprofesor del colegio que llegó corriendo hasta su trabajo. Al enterarse, cerró la sala de arte con llave, dejando una nota pegada de tal manera que se pudiese leer por fuera en la mampara de vidrio: "voy y vuelvo". Corrió. El colegio del niño estaba a cuatro cuadras, llegó antes

que la ambulancia. Al entrar, nadie debió avisarle dónde estaba Rodrigo, los gritos fueron suficientes para reconocer la voz del hijo. Corrió hasta el patio a encontrarlo, la profesora le explicaba mientras corría con él que, jugando a la pelota, en un tropiezo, el niño cayó muy mal al suelo. Cuando al fin llegó al patio, Rodrigo gritaba desesperado, aún en el empedrado, rodeado por unos cuarenta y cinco pares de ojos de sus compañeros de clase. El hombre se detuvo de pie junto al bulto, en el centro del círculo observó el antebrazo y el hombro del pequeño, los que producto de la caída habían quedado en direcciones opuestas; se asomaba absurdo, blanco y brillante un hueso salido, aunque no quebrado, justo en la mitad del brazo, insistiendo en su posición original. Toda la escena dislocaba, a su vez, la rutina del colegio.

Yo, por mi parte, que había estado cortando trocitos de jengibre y bebiéndolos durante la noche, mientras hojeaba unos libros escolares de ciencias naturales, no pude evitar que mis ojos se cerraran entrada ya la primera parte del relato de mi compañero de piso; un hormigueo comenzó a bajar desde mi cabeza y la temperatura disminuyó también, progresivamente, aunque seguí siempre escuchando cada detalle de los acontecimientos ocurridos durante la tarde al pequeño Rodrigo, por quien sentía un gran afecto, a pesar de nunca haberlo visto.

El hombre se acomodó al nivel del suelo y, sin levantar por completo a Rodrigo, lo instaló sobre sus piernas y tocó su frente con el pulgar mientras observaba cuidadosamente todos los ángulos de la luxación. Se tomó solo unos segundos para decidir coger con fuerza el antebrazo herido: su mano ancha podía envolverlo completamente desde la muñeca. Intuyendo el actuar del padre, Rodrigo se silenció por un minuto, tapó su carita con la mano buena e inclinó su cabeza contra el suelo. El padre respiró hondo, sostuvo con una mano el hombro del niño y decididamente, como queriendo separar por completo ese brazo de ese cuerpo, con la otra mano tiró hacia fuera de una sola vez, de manera que, al separar el antebrazo del brazo,

hubiese suficiente espacio para que el hueso salido pudiese retomar el lugar correspondiente. De fondo se escucharon algunos gritos de horror, cerrando la maniobra en un certero crujido (...).

El hombre había encajado nuevamente el hueso brillante del hijo en su lugar y Rodrigo, volviendo a gritar ahora más que nunca, movió por sí sólo su antebrazo ayudado por el brazo bueno y lo trajo débilmente hasta su pecho. El círculo de niños a su alrededor continuó intacto: los gritos callaron, las pequeñas manitos se habían movilizado sobre sus rostros, tapando nariz y boca, sólo algunos ojos se mantuvieron abiertos.

En un único y preciso movimiento, en un acto de enajenación, el hombre había vuelto a armar a su hijo. Abrazó a Rodrigo envuelto en sangre y llanto, orgulloso de lograr el bien mayor, el de tener nuevamente cada pequeño trocito de su descendencia en el lugar que le corresponde.

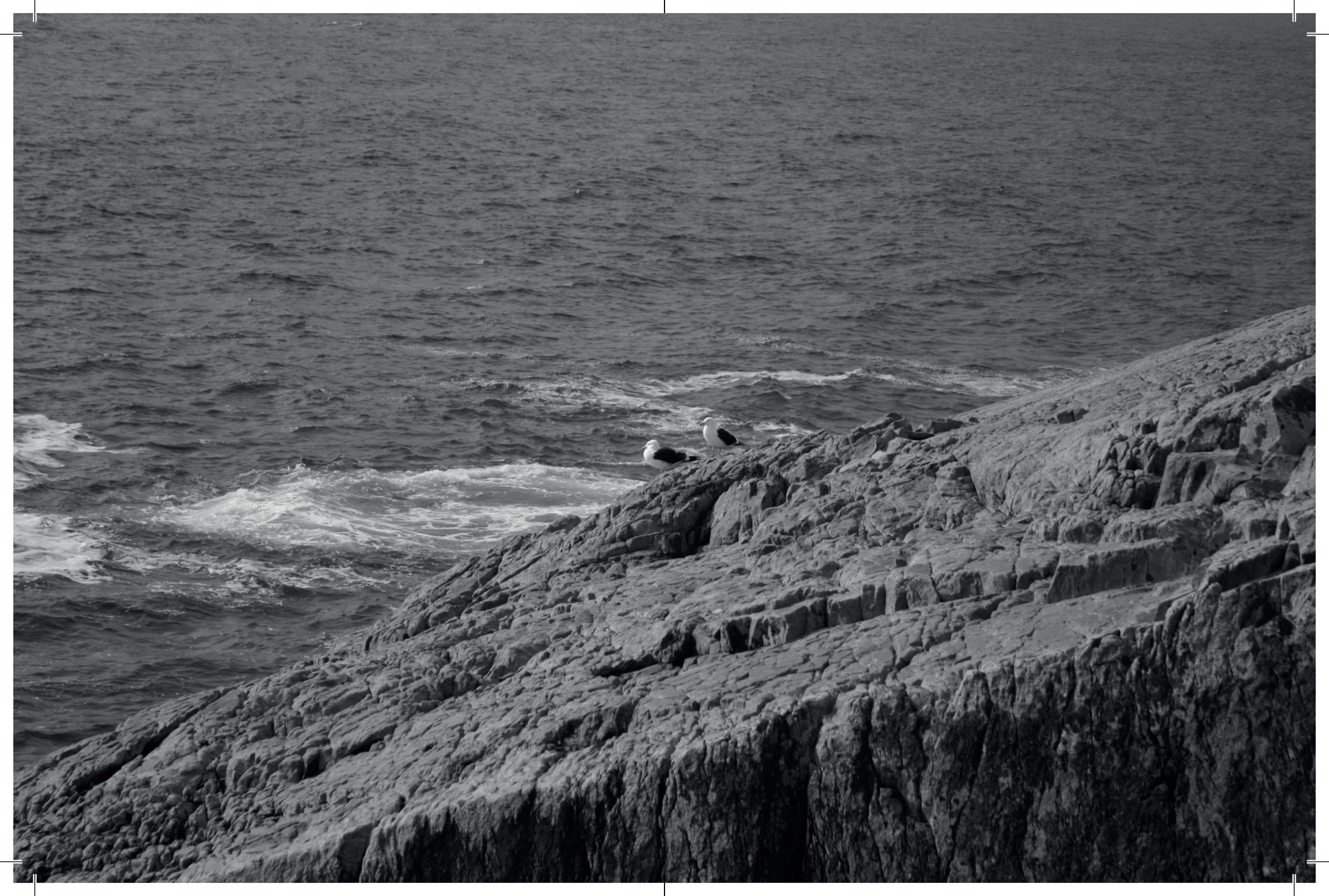
Mientras yo, escuchando la historia del pequeño Rodrigo, y mucho antes de haber terminado el relato, ya me encontraba con los ojos en blanco: había estado inclinando la cabeza, involuntaria y lentamente hacia la derecha y con ello todo mi cuerpo, hasta desparramarme en el suelo. Un sabor ácido y seco había saturado mi boca; mi vista había descendido hasta la completa oscuridad.

Por mi cuerpo atestado de frío pasaron unas horas, unas semanas, analizando la imagen viva del hueso salido del pequeño.

Al recobrar nuevamente la conciencia, mi compañero de piso sostenía mi cabeza, acomodada en sus rodillas en el piso de madera de la cocina. Pude identificar una pequeña mancha de sangre en su camisa.

Él me dijo que todo fue sólo cosa de unos minutos. Que Rodrigo ya estaba mejor.





## Segunda noche

Noviembre de 2003, 22:30 hrs.

La Nora llamó por teléfono a mi sobrina. La escuché desde mi habitación en el segundo piso. Sé que está asustada, yo también.

Hace unas horas que estoy intentando dormir mi cuerpo para que las dos podamos descansar, pero ya no tengo poder sobre él, se conduce sólo, grita y se contrae con furia. Mi sobrina al teléfono le pide a la Nora que se calme, le dice que suba las escaleras e intente hacerme reaccionar, le pide que se asegure de que yo aún respiro.

La Nora, al pie de mi cama me habla, me trajo una bandeja con huevos cocidos y unas cabezas de ajo peladas; también me pregunta cosas:

Elisa ¿me escuchas? ¿me entiendes?

Yo la escucho, la entiendo y sí, aún respiro.

Desde que regresé hace tres meses, pasadas las nueve de la noche, del brazo de dos carabineros hasta la casa de mi hermana, he perdido, gradualmente, el control de mi cuerpo.

+ + +



Solía salir en la quincena por la mañana a cobrar mi pensión de vejez y dar unas vueltas por el centro, paseaba por lugares que suelo visitar, cada vez, caminé unos siete u ocho kilómetros, no me preocupó especialmente avanzar.

Ese día fui, como de costumbre, a la peluquería de la hija de una de mis hermanas, ella acomodó un poco mi cabello de la misma forma que lo hace siempre. A ella le gusta mi pelo blanco, le gusta que con el tiempo haya adquirido una extraña luz violeta. Mi sobrina me hace cariños en el pelo, yo siempre le regalo un par de dulces de los que llevo en alguno de los bolsillos que yo misma confeccioné con ese objetivo, por el lado interior de mis ropas. Ella no me cobra por el peinado, me llama "tiíta".

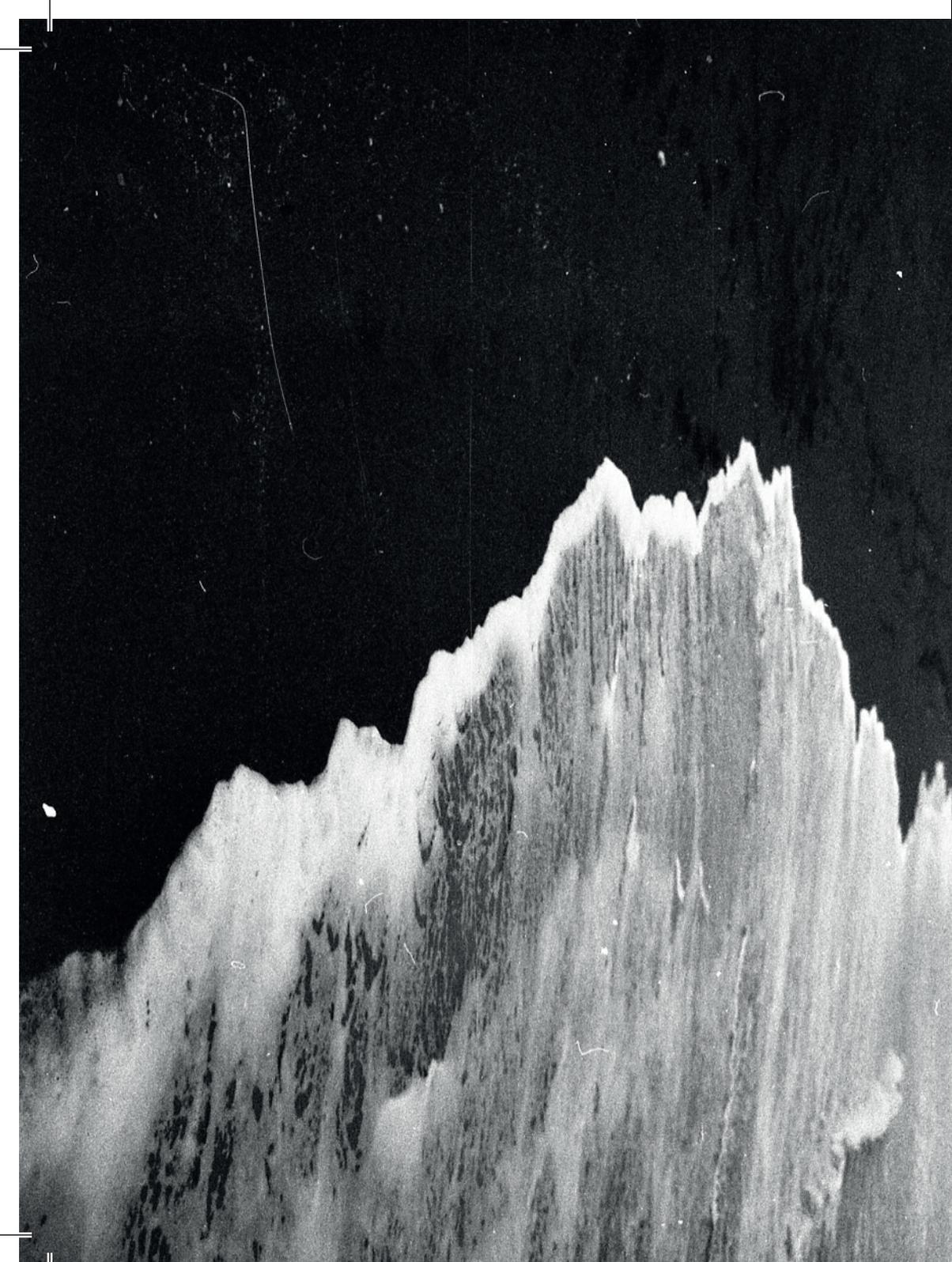
Normalmente, después de los mimos de mi sobrina, aprovecho dos o tres horas para caminar por el centro de Concepción. Acostumbro pasearme por las galerías comerciales, mirando las vitrinas, sobre todo cuando llueve; algunas veces decido tomar un cafecito, o quizás un helado de máquina de mi combinación favorita: yogurt y frutilla, sentada en la plaza de armas. Lo hago de preferencia mirando en dirección al mar, de preferencia en una banca totalmente disponible. Ese último día ambas coincidieron.

Ya había notado al salir de la casa por la mañana que el tiempo se iba a poner malo. Lo supe porque la brisa penquista trajo consigo partículas de agua salada, eso no sólo te estira incómodamente la piel, sino también se te mete por los poros y provocan romadizo.

La brisa de ese día olía a algas frescas en la orilla; decidí cerrar los ojos un momento para aprovechar.

Al cabo de unos minutos, el sol de las 12:00 había derretido el helado sobre mi mano derecha y con eso volví en mí. Me limpié los dedos con la lengua mientras miraba algunos rostros de mediana edad que se paseaban por la plaza de armas. Algunos

de ellos me parecieron conocidos, seguramente son los hijos o los nietos de algún vecino que tuve en Penco, seguramente los rostros en este lado del mundo se van pareciendo cada vez más en un punto; seguramente la sal del mar y los rayos del sol van grabando en sus miradas un mismo patrón; vi unos ojos oscuros con pestañas negras y tiesas inclinadas rectas hacia abajo, unos labios delgados y definidos, vi unos pelos negros y tupidos que salen como espinas de una cabeza morena, unos poros abiertos, vi unas ropas opacas, unas manos fuertes y anchas. Aspiré de una sola vez el aire marino que anunciaba el mal tiempo, colmé mis pulmones con agua salada, cerré los ojos y lo vi a él, hace sesenta y cuatro años, justo antes de despedirlo:



### La historia de Juana Aravena

Conservando el sabor de sus lágrimas saladas en mi boca, vi cómo se alejaba impávida, desde mi pequeña ventana en dirección al mar. Mi actitud serena y negativa lo había enloquecido.

Pedro me rogó que lo obligara a quedarse en Penco, junto a mí. Sentí compasión.

+ + +

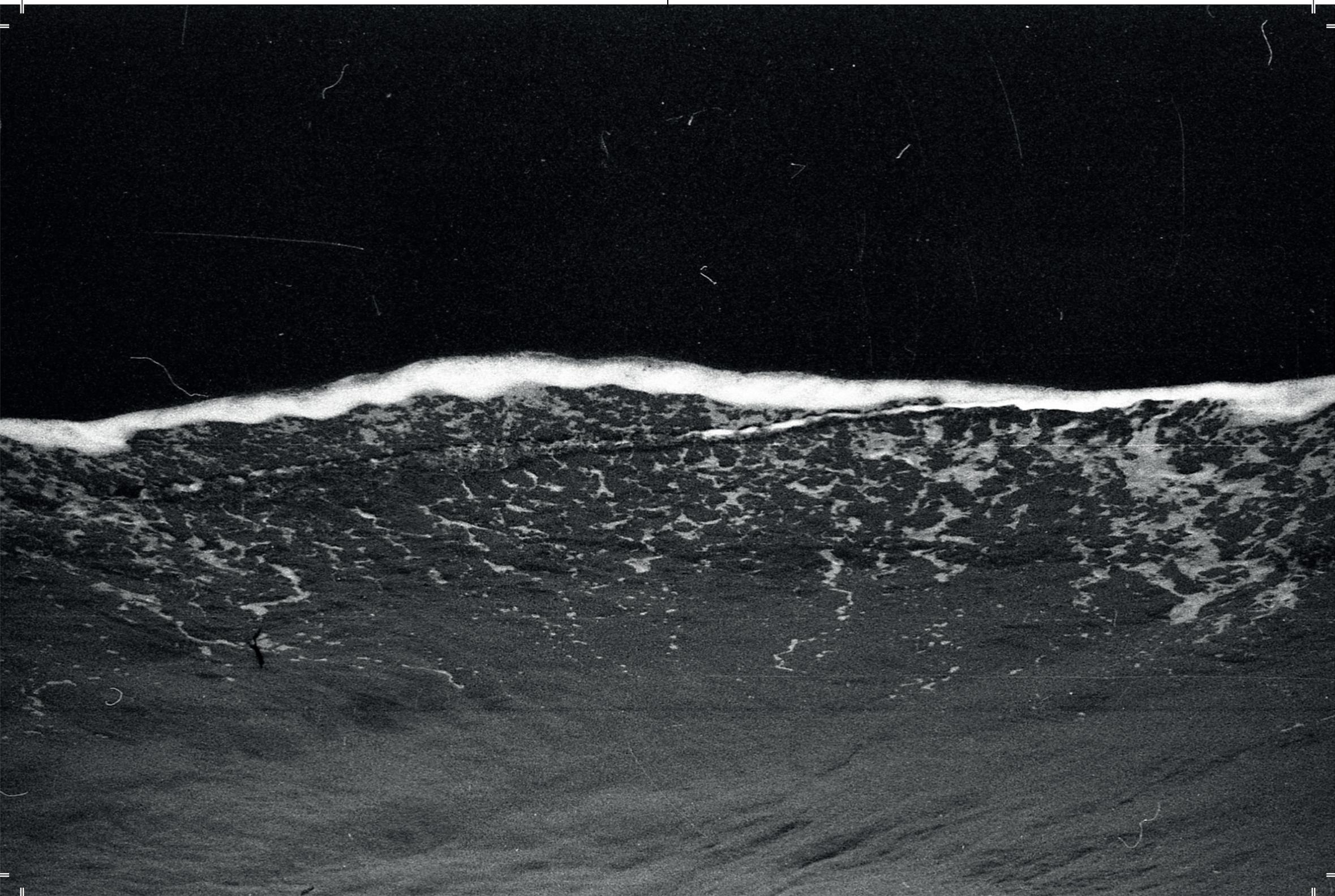
Mi madre Celina había parido a sus doce hijos en la casa y ya casi no tenía fuerzas al final de la obra. Fuimos Deidania, Rosa, yo, Juana Elisa, Filadelfo, Humberto, Juan Bautista, Jorge, Celina, Berta, Nora y dos que murieron sin nombre poco después de nacer. También recuerdo un par de veces en que ella bebió unas hierbas. Yo, como una de las hermanas mayores, tomé, en parte por opción, en parte por necesidad (la mamá murió cuando la más pequeña tenía casi siete años), la responsabilidad del cuidado de dos de mis hermanas; con el tiempo Nora y Berta, alrededor de veinte años menores, estuvieron casi completamente bajo mi cuidado. La naturaleza les dio a estas dos hermanas poca estatura, a diferencia de todos los demás, que ostentábamos no menos de un metro y setenta centímetros las mujeres y hasta un metro y noventa centímetros en el caso de los hombres. Nora y Berta

no superaron el metro y medio, la mamá las llamaba “conchitos” y eso parecían.  
Ellas fueron en gran medida mi responsabilidad, durante casi diez años. Una vez cumplidos ya los dieciséis y diecisiete, Berta y Nora ya habían conocido a sus respectivos pretendientes: Marcos, un simpático marino, de los muchos que abundan en la costa de la octava región, que le convenía muy bien a Berta, y una inadvertida consecuencia de la postguerra. El hijo de una madre italiana que llegó indocumentada junto a su padre a Chile, arrancando de la segunda guerra mundial; el Tito, mi cuñado, que más tarde me llevaría a vivir con ellos en el que fuera mi último hogar.

Así fue como en la década del cincuenta la mamá y el papá ya habían muerto, mis dos hermanas menores se iban de la casa a tener hijos con sus maridos, mientras mis demás hermanas y hermanos ya habían partido antes, uno a uno, a hacer lo propio. Mientras yo, que tenía ya mis cuarenta y tantos cumplidos, me había quedado sola en la casa de los papás en Penco. Para ese entonces, la posibilidad de haber tenido la vida de cualquiera de mis hermanos fue una inquietud que rondó un tiempo mi cabeza, sin embargo, antes, a mis treinta, yo ya había tomado una que otra pequeña decisión; había optado por los libros y, naturalmente, por mi cómoda soledad. En ese entonces, un día soleado y fresco de noviembre, me llevé, como de costumbre, algún libro a la plaza de Penco. El día anterior uno de los niños que vivía en la casa vecina, me había estado contando que se le hacía muy tedioso terminar de leer el libro para la clase de castellano y se lo pedí prestado, fingiendo ayudarlo más tarde, mientras él se reencontraba con el deseo de leerlo. Me instalé en una banca de la plaza con *Las noches blancas*, de Fiódor Dostoyevski, lo hice, como siempre, en dirección al mar, en una banca totalmente disponible.  
Pasadas una hora y media, al terminar el libro, la costumbre decía que me quedara un momento más a ver las caras de los vecinos y las caras de sus hijos en la plaza, sin embargo, hacía unos treinta minutos, un joven había decidido sentarse en el otro extremo de mi banca, a pesar de haber varias bancas disponibles cerca. Por el rabillo del ojo, pude notar que me observaba a ratos; él intentaba identificar mi lectura, decidí evitar el cruce de nuestras miradas a toda costa.  
Al verme alistar mis cosas y acomodar mi chaqueta, el joven, decidido, me abordó torpemente: tomó mi brazo al tiempo que pronunciaba algo

con un extraño acento, inhalando aire, agitado. Yo, por mi parte, no logré descifrar palabra. En el apuro levanté la mirada, sorprendida: Me encontré con la expresión de un niño asustado, la que se tornó rápido en una sonrisa tímida, de donde se asomaban unos dientes ridículamente pequeños; mi vista comenzó a recorrer al joven durante unos segundos de mutuo silencio, él se dejó observar, mientras soltaba suavemente mi brazo y retrocedía, arrepentido. Hallé sus ojos azules, su barba dorada y crecida, sus brazos delgados que colgaban largos y pesados sobre un cuerpo levemente recogido y débil.

No bastó demasiado para que yo misma le invitase a acompañarme de camino a casa.



Con Laurent nos vimos dentro de ese año sólo en tres oportunidades, fue lo más que pudimos. Él estuvo trabajando para un periódico francés en Santiago y llegó hasta la costa de Penco casi por casualidad; le había comentado a un compañero de trabajo que iría de vacaciones a la costa sur y él le recomendó los helados cerca de la playa en Penco. Laurent estuvo tristemente decepcionado y agradecido, al mismo tiempo: fue la ilusión de esos helados los que lograron al final del día nuestro encuentro. Ambos sentimos una fuerte complicidad desde el principio, ambos en esa banca, cada uno en su extremo, nos habíamos sentido abandonados del mundo, para luego encontramos este pequeño refugio donde nuestros cuerpos y nuestras almas se dejaron simplemente ser. Sin embargo, desde esa primera caminata hasta mi casa, nuestro destino estuvo sellado: él debía regresar a Marseille en menos de un año y en la escasez de nuestros encuentros no pasamos de sólo discutir la posibilidad de seguimos. Laurent era fastidiosamente correcto, sereno y mesurado, tenía un plan perfectamente trazado para ambos; yo, por mi parte, debía aceptar dejar todo e irme a vivir la vida de una planta a su lado, pero sabía, que como todas las plantas que crecen en esta costa fría y ventosa, la resequedad era inminente. Jamás estuvo en mis planes acceder. Estar lejos de mi pequeña ventana en dirección al mar frío que me corresponde, perder mi reposada soledad y mis comunes paisajes sólo por un amor sería demasiado. La última vez que nos vimos, nos reunimos, como de costumbre, en una



pequeña casita de interior en la esquina de Colo Colo con Carrera, donde él arrendaba por algunos días una habitación. Unas semanas antes yo había recibido una carta en casa con el remitente <<Carmen Peña>> en ella, Laurent me pedía que nos viésemos por última vez ahí, a las 9:00 de la mañana. Debía ser cuidadosa y no levantar sospechas. Salí temprano vestida con una blusa blanca y una falda color rosa pálido; sobre todo me puse un abrigo gris, le dije a mis hermanas que iba a visitar a una amiga y que regresaría a la hora del almuerzo. Llegué puntual. Laurent me recibió en la puerta. Cada nueva vez que lo vi encontré el brillo de los veintiocho años en sus ojos, en su cara tierna y aun conservando la expresión adolescente. Nos dimos un abrazo corto, pero intenso y lo besé en el cuello. Caminamos juntos hasta la cocina. En la mesa había una fuente con manzanas, una paila de huevos revueltos, un pan de mantequilla, suficiente café y pan francés fresco; también había una jarra de leche y tres tazas con sus respectivos platos, todo sobre un mantel blanco bordado de flores rojas en las esquinas. La dueña de casa, una señora vieja que vivía sola, había preparado el desayuno y sabía que yo estaría invitada. Comimos los tres en la mesa de la cocina: Laurent en la cabecera y yo a su derecha, la vieja se sentó a mi lado. Él habló más que nadie, nos contó un poco sobre su trabajo y su pronta vuelta a casa. Mi garganta estuvo apretada y seca, casi no pude pronunciar palabra. Al terminar el desayuno, ya eran cerca de las 11:00 am y yo debía regresar, Laurent se ofreció a acompañarme, caminamos juntos, con tres señales de completa complicidad que fueron totalmente suficientes en esos quince minutos: mi brazo colgado en el suyo y su mano sobre la mía, nuestro andar sintonizado en un sutil saltito de Loló para cambiar su paso y alinearse en un regimiento conmigo; y el cómodo silencio que conservamos hasta nuestro destino. De camino en el bus nos habíamos sentado por el lado izquierdo del camino, su cabeza se apoyó en mi hombro y miramos el mar por la ventana. Lo dejé en la misma primera banca que nos encontró en la plaza del pueblo. Procuré llevar un libro para ubicarlo bajo mi brazo al levantarme sola, tal como estuve decidida a hacer la primera vez antes de haber cruzado nuestras miradas. Él sacó de su bolsillo una carta y estiró su mano delgada de uñas mordidas hacia mí; me la entregó doblada en ocho partes, podía fácilmente adivinar por el reverso de la hoja las letras ahí grabadas. La tomé y la guardé en mi manga derecha, decidida di la vuelta y caminé hasta mi casa. No fui capaz de verlo alejarse, ni de voltear la cabeza ni una sola vez,

habiendo asumido con ese gesto, yo misma, el peso de la retirada, cargando con un secreto solo mío: la experiencia de lo imposible y lo indecible, no tuve confidente más que yo misma y esa hoja dibujada y doblada en ocho partes, que desde ese momento fue todo.

Al llegar a casa, me quité el abrigo y fui directo hasta mi pieza, cerré la puerta fingiendo indisposición. Aún sin retirar la carta de mi manga derecha, me senté en el borde de la cama con los ojos enfocados en mi pequeña ventana en dirección al mar. Hice sonar mi cuello moviendo la cabeza a un lado y al otro, con la mano izquierda desabotoné mi blusa blanca hasta quitármela por completo, cayendo la carta a mis pies. Corté un trozo de los restos de tela con la que había fabricado las cortinas de mi habitación, tomé hilo blanco y una aguja pequeña y zurcí en la blusa un bolsillo lo suficientemente grande como para guardar en él la carta; lo hice al costado izquierdo, a la altura de las costillas por el interior. Volví a vestir la blusa y levanté del suelo el papel escrito, llevando ahora guardado en el bolsillo el ahora objeto jamás desplegado.

No tardé mucho en darme cuenta de que tendría que hacer lo propio con todos los suéteres y blusas de la cómoda. Fue así como, antes de que ninguna lágrima brotara de mis ojos, me había dado a la tarea de zurcir todos los bolsillos que fuesen necesarios; procuré desde ese momento siempre tener disponible un lugar seguro para él. A su vez, cada vez que vi una tela disponible, corté un trozo de unos diez por diez centímetros para cuando fuera necesario; los guardé uno sobre otro separados por color en un pequeño baúl de madera al que no le había asignado ninguna función especial, hasta ese momento.

Cada vez que recibí alguna prenda o compré otra, abrí el baúl y seleccioné un cuadrado de diez por diez, del color y textura adecuados, para zurcir un bolsillo siempre por el revés y asegurarle un lugar cerca de mi cuerpo al que haya sido el único objeto confeccionado y pintado especialmente para mí; lo llevaría desde ese momento siempre conmigo como una prueba de veracidad, ya no de la presencia de Laurent, de quien no pude conservar imagen por mucho tiempo, sino como una prueba de fe de los únicos besos que yo había ofrecido a este mundo, de los que yo misma había decidido abstenerme.

Hubiese bordado sobre mi cuerpo cada letra, pero nunca he tenido el coraje de leerla.

+ + +

Antes de que pasaran dos años, uno de mis vecinos, un marino, Pedro, que había estado públicamente interesado en mí, había regresado de alta mar, decidido a intentarlo nuevamente. Ignorando por completo mi historia con Laurent. Ignorando por completo mi total desinterés en él.

Fue un día gris. Afuera viento y garuga. Pedro golpeó a mi puerta, fue a rogarme que lo obligara a quedarse en Penco, junto a mí. Me ofrecía una vida sencilla, común y corriente. Sentí compasión.

Pedro también se fue, herido, humillado. Sin embargo, a él si le di la oportunidad de llevarse el orgullo de abandonarme y también, claro, recibí una carta, menos densa que la anterior, que sostuve en mi mano mientras lo vi alejarse, sentada en una banca desde la plaza del pueblo, leyendo, por el rabillo del ojo, las tres o cuatro palabras que había logrado hilar para mí.

Al llegar a casa ubiqué una silla de la sala al costado de la ventana de mi pieza y llené el termo de agua recién hervida, corté unos trocitos de jengibre y los puse dentro de la taza. Me senté a esperar verlo partir. Las nubes se habían abierto y ahora mi vista estaba completamente despejada en dirección al puerto. Al terminar la primera taza de jengibre, tuve tiempo de descansar el mentón en el marco de madera de mi ventana.

Pedro se fue en un barco que pude encajar entre mi dedo pulgar e índice, hasta desaparecer completamente, precipitándose por el barranco del horizonte la posibilidad más cierta que tuve de acceder a llevar una vida común y corriente, la única posibilidad de reproducirme en unos cuantos hijos que aspirarían más tarde a tomar la forma de los paisajes de este lado del mundo, los que seguramente un día ya no podría reconocer entre todos los demás.





### Tercera noche

Apuntes, Marzo 1990. 3:00 am

Algunas preguntas que estuvieron chirriando en mi cabeza, mientras tejía con palillos los suéteres de los hijos de mis sobrinos.

Cuando te despiertas a mitad de la noche, en la plena oscuridad, antes de que tus pupilas se dilaten y develen tu paisaje.

¿Cuánto tiempo tardas en encajar nuevamente?

¿Cuánto tiempo tardas en encontrar la salida?

¿Cuánto tiempo tardas en reconocer el eco a tu alrededor, que se tornan en sonidos, que se tornan en letras, que se tornan en palabras que articulan frases en párrafos que te hablan, que te preguntan cosas?

¿Qué es lo primero que respondes?

¿Cuál es la primera imagen que ves?

Para luego, con los ojos de un felino, revelar el día que se abre, donde vas a actuar como el día anterior y el día que viene después.

¿Sientes deseos de correr?

#### Cuarta noche

Concepción, noviembre de 2003, 20:30 hrs.

Estoy gritando hace más de una hora, gimiendo; la boca me duele, los músculos de la cara me duelen, mi hermana intenta darme agua, pero mis extremidades y mis órganos están tensos, contorsionados en una posición incómoda y poco natural. La garganta está apretada. Una ligera sensación de placer va acompañada de los gritos y de la dificultad al respirar. La vista se nubla a veces y mi cabeza se tambalea levemente, haciendo eco de mis pulsaciones. Los ojos son lo último en perder el control. Observo todo desde este cuerpo inerte: algunas gaviotas por la ventana, mi máquina de coser, una pequeña cruz tallada en madera justo sobre mi cama, la luz del sol que va bañando el mundo con una veladura cálida de atardecer; también alcanzo a ver unas cabezas de ajo y dos huevos cocidos y pelados sobre un plato de loza tallado en los bordes por dos líneas verde oscuro, ubicado a mi izquierda, sobre mi velador.

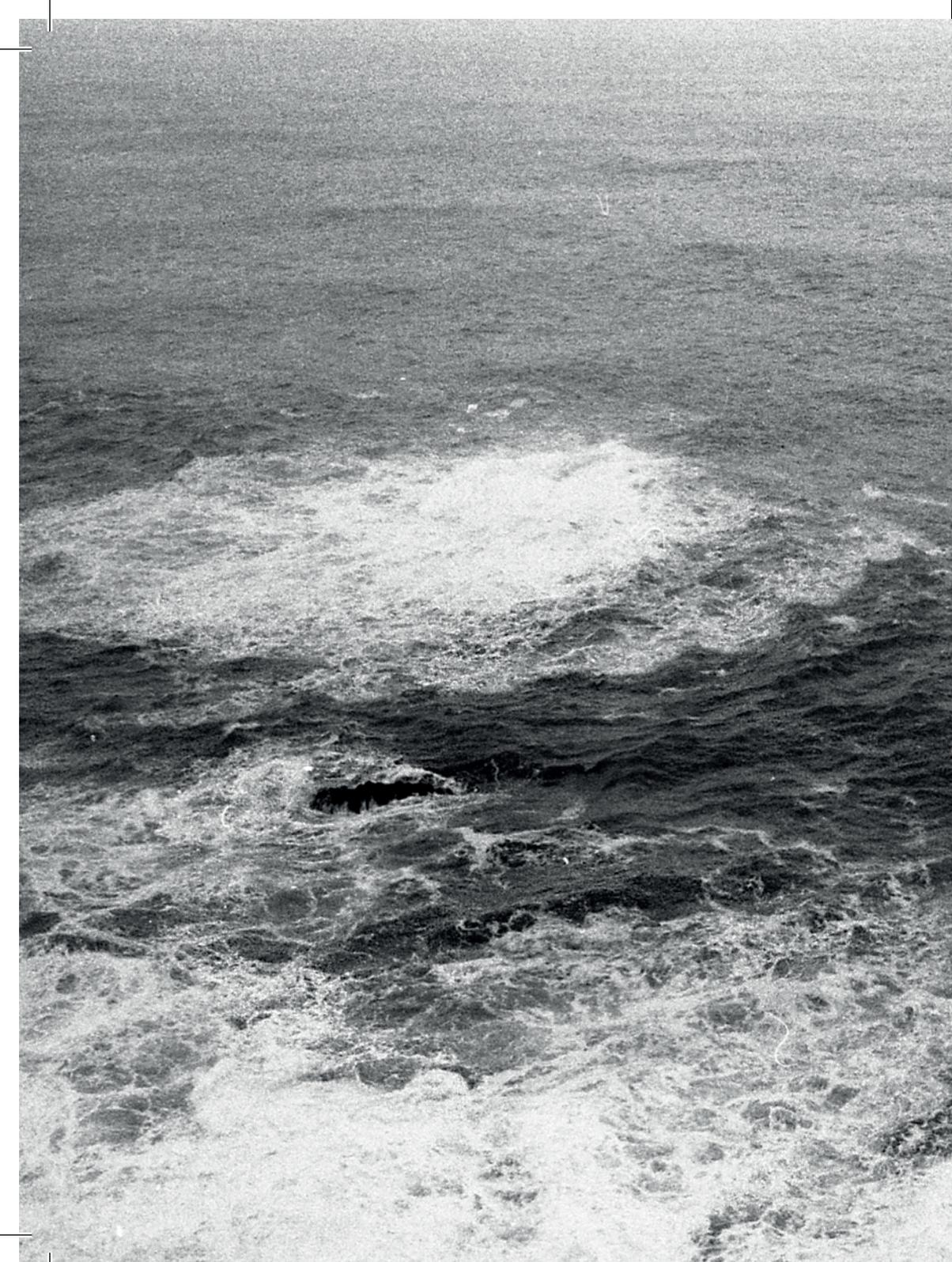
Hacía unos años que me había entrado la manía de comer cabezas de ajo enteras, crudas, diente por diente, acompañándolas de un par de huevos cocidos, aunque no demasiado. Luego de pelar cada huevo daba un primer mordisco, de tal manera que permitiese dejar al descubierto la yema al interior todavía un poco líquida. Podía quedarme largo rato observando ese iris humeante y colorado derramándose hacia el exterior sobre mis manos. Probablemente, por eso la Nora llevó esa bandeja hasta mi velador, en un intento por devolverme la razón.

+ + +

Años antes, en la escuela nos habían anunciado al comienzo del semestre el encargo de hallar unos pares de ojos de buey para una lección sobre el ojo humano, debíamos estar agrupados en equipos de cuatro personas, es decir, debíamos contar con un ojo de buey por cada cuatro estudiantes. La misión no resultaba fácil, necesitábamos cinco pares de ojos, considerando un curso de cuarenta alumnas, por suerte (no la suerte de las bestias), una de mis compañeras vivía en el campo con suficientes animales, vacas y bueyes, y ya se había comprometido a proveer de ojos de bueyes a varios grupos, incluido el mío, por supuesto que a cambio de una suma de dinero.

El procedimiento fue cuidadosamente indicado desde el principio: los ojos debían ser retirados de la cabeza del buey sólo después de haber sido cocidos en agua, para mantenerlos íntegros y evitar que reventaran. Y así lo hicieron. Una vez cocida en agua hirviendo la cabeza cercenada del buey, con los ojos aún encajados, sacaron con cuidado cada uno y lo almacenaron en frascos con salmuera para su conservación.

Uno a uno iban llegando los frascos conforme iban pasando los meses a la espera de la lección de ciencias naturales, y nosotras observábamos curiosas a través de los vidrios. Los globos oculares de los bueyes, de unos doce centímetros de diámetro cada uno, flotaban perfectamente blancos, en pareja y podíamos ver todos los detalles de esos ojos que nos observaban. Vimos unos iris de color café intenso, otros que resaltaban unos tonos del verde, colores que se dejaban caer por un acantilado en el centro de la pupila en un negro profundo, evocando la boca de un volcán. Llegado el día de la lección nos ubicamos en grupos de cuatro personas alrededor del frasco para por fin liberar los ojos y proceder a examinarlos. Debíamos tener a la mano un bisturí y utilizar guantes; una de mis compañeras había conseguido unas bandejas metálicas en el hospital para cada grupo, donde sería más cómodo depositar el ojo. El sonido del bisturí sobre la bandeja metálica y el aroma de los guantes de goma me hicieron recordar, espontáneamente, el nacimiento de mis hermanos menores. Con todo, abrimos el frasco por indicación de la profesora y al instante un hedor penetrante y nauseabundo nos golpeó en la cara y colmó el salón. Algunas jóvenes tuvieron un primer impulso de salir corriendo, el hedor era



casí insoportable, pero rápidamente nos acostumbramos y seguimos ahí. Yo, como cabeza del grupo, asumí la responsabilidad de tener en mi poder el bisturí. La profesora comenzaba a indicarnos donde íbamos a clavarlo y seguí al pie de la letra las indicaciones: con mi mano izquierda sujeté el ojo cocido que se resbalaba sobre su propia acuosidad para proceder, con mi mano derecha sosteniendo el bisturí, a hacer un corte preciso justo sobre la mitad del iris. Mis compañeras de grupo se habían desplazado hacia los costados para observar el acto; todas habían adoptado el gesto de lo desagradable en el rostro. Mi mano temblaba. Iba a cortar ese ojo que me miraba directamente justo por la mitad.

Al meter el puñal en el globo, casi al tiempo, emergió con fuerza a través de la fisura que yo misma provoqué un chorro blanquecino, que alcanzó certero en mis ojos todavía abiertos por la impresión.

Me desplomé en el suelo instantáneamente, con la vista lavada por completo del humor acuoso que brotó del interior del ojo semicocido del buey.

+ + +

Uso todas mis fuerzas en mantener la mirada fija en mi hermana, intento volver a conectar con ella, como cuando era sólo una niña y yo su hermana veinte años mayor, pero la Nora no me reconoce. Me estaba volviendo loca, súbitamente.

Pasadas las 2:00 am yo continuaba despierta. Mi hermana había decidido recostarse en la habitación contigua y las luces de la casa estaban apagadas. Mis ojos ya habían dejado de funcionar, se habían sellado inundados por un líquido distinto al de las lágrimas.

Decidí dejarme absorber por el sonido del mar, que intentado llamar mi atención, comenzaba un estruendo profundo y enorme. Me concentré en el ritmo de las olas sobre las rocas por largas horas y mi tensión disminuyó progresivamente; sentí como mi entrecejo se abrió y desplazó la sensación de ligereza por el resto de mi cuerpo que levitaba en una frecuencia de respiración cada vez más lenta. Hasta lo imperceptible.



## La mañana

Julio 1991, 07:00 am

Amaneció un día hostil. Llovía y los goterones de la lluvia daban con una quejumbre monótona en los cristales de mi ventana; en la habitación había oscuridad, como sucede en los días de lluvia y fuera, lóbreguez. Aún en la cama, una luz intensa que llegaba directo a mi rostro en un movimiento oscilante terminó por despertarme. Seguramente el vaivén de claridad había despertado, también, a mis vecinos.

+ + +

Mis vecinos eran una familia de dos hijos pequeños: uno de ocho y otra de cinco, quienes pasaban la mayor parte del tiempo con la madre, sin el padre. El hombre, que trabajaba en los barcos pesqueros, de tanta mar sufría mareos de tierra. Algunas veces despertaba boca abajo con la mano y la pierna derecha sujetando el catre por el costado. El pobre dormía, literalmente, anclado.

Al volver a casa después de seis o siete días en alta mar, quitábase toda la ropa en el dintel de la puerta, para no entrar con ella el hedor de la pesca. Yo alcanzaba a ver desde mi ventana, en señal de regreso, un pequeño monte de ropa oscura y unos zapatos de trabajo por el lado izquierdo de la puerta; por el lado derecho distinguía siempre una frondosa mata de ruda. Esa casa se ubicaba perfectamente orientada mirando el puerto,



se podría decir que su emplazamiento no correspondía a la posición de las casas vecinas en el pasaje, todas mirándose una a la otra. Esta casa, por el contrario, había decidido abrirse paso en dirección al mar, aunque eso significara dar la espalda a algún vecino. Así, se ubicaba mirando en diagonal, justo al fondo de un pasaje de tierra clara.

La construcción destacaba por ser alta y delgada, tan espaciosa como suficiente: tenía tres pequeños pisos, donde el primero funcionaba como una bodega no habitada, mientras el acceso se encontraba subiendo por una escalera en el costado derecho de la casa hasta el segundo nivel; tenían ahí la sala de estar que miraba el puerto. A pesar de la ubicación, se interponían justo a la altura los techos de casas vecinas. Subiendo al tercer piso, bajo la escalera, tenían montado un pequeño taller de carpintería con herramientas suficientes para fabricar cada mueble en su interior. Coronaba la casa la que habría de ser la habitación de los padres, en el tercer piso, ocupada la mayor parte del tiempo por la madre y los hijos. A través de los ventanales de la habitación se encontraba el acceso a una terraza que, si bien no era más que una azotea de cemento de unos treinta metros cuadrados, había sido bordeada por jardineras con flores de colores que la madre había ubicado estratégicamente y también había sido alcanzada en los costados por algunas copas de árboles de hojas verde oscuro con pequeñas florecillas blancas, lo que le había otorgado el valor de lo habitable.

Ese último espacio tenía la vista abierta y completa hacia el mar. Desde el ventanal de la habitación se podía distinguir sin obstáculos, al igual que desde mi pequeña ventana, la entrada de las naves al puerto.

En la terraza los niños pasaban la mayor parte de la mañana. Se ubicaban bajo un pequeño techo suficientemente cubriente los días de lluvia o se recostaban en una hamaca que el padre les había construido para cuando el día estuviese soleado.

Para esos días, cuando la mar amanecía igual que una taza de leche, procuraba asomarme a la ventana en dirección a la casa de mis vecinos para observar la acción que vendría. Esos días la madre les daba a cada uno de sus hijos algunos restos de pan duro que había estado guardando durante la semana, para que los niños lo desmenuzaran entre sus pequeñas manecitas y lo dejaran caer sobre la terraza, colmando de migas de pan la explanada

de cemento; debieron hacerlo rápido, antes de que el tiempo cambiara y un viento hubiese podido arrastrar la obra, eso sí, lo hacían organizadamente: algunas veces dibujaron un círculo con las migas de pan, otras, dibujaron una línea recta, perpendicular a la línea del horizonte en el mar; unas veces, cuando había sido mucho el pan no consumido, cubrieron de esquina a esquina con pequeñas migas la terraza. Lo hicieron siempre comenzando desde el punto más lejano a la ventana, para ir retrocediendo de espalda, hacia el acceso a la habitación.

Uno de esos días los vi salir al balcón con varias bolsas de pan previamente molido. Habían pasado la semana anterior casa por casa, pidiendo restos de pan a los vecinos y hasta yo les había aportado con alguno. Dejaron caer, primero, algunas migas en la terraza con las que dibujaron un círculo de unos tres metros de diámetro, para luego ubicarse la hermana pequeña sentada en el centro del círculo de migas de pan, mirando en dirección al mar con las piernas recogidas y con la cabeza escondida entre ellas, de tal manera que encajara perfectamente el hueco de los ojos en sus rodillas. El hermano mayor, por su parte, dejó caer cuidadosamente las migas restantes alrededor y sobre su hermana, terminando por esconder el pequeño bulto tras una montaña de residuos de masa blanca. También puso algunas migas sobre su cabeza de pelo negro y liso.

Una vez terminaron, entró el hermano mayor y cerró el ventanal. Cámara fotográfica en mano se instaló sentado en el extremo de la cama, con vista en dirección a la obra. De fondo el horizonte y un vaivén de luz penetrando directo desde el puerto.

Al cabo de unos minutos, la terraza se cubrió de gorriones, palomas y gaviotas, que reproducían con sus cuerpos uno al lado del otro la mancha dibujada con pan sobre el cemento. Unas golondrinas se instalaron en los hombros y la cabeza de la hermana pequeña, que se mantuvo casi sin pestañear, compartiendo el desayuno, mecanizada, sin hacer ruidos ni movimientos bruscos para no espantar a las aves.

+ + +

La luz que venía desde el puerto nacía en la proa de un barco recién asomado en el horizonte, a punto de recalar. La luz de ese foco conseguía llegar en diagonal a mi ventana, alcanzando a iluminarme el rostro en cada vaivén hacia la izquierda. A su vez, lograba iluminar por completo el ventanal de la habitación matrimonial de la casa de mis vecinos.

Habían acordado los padres que, al asomar la proa el barco en el puerto de regreso, unas horas antes de recalar, el hombre daría aviso de su retorno desde el mar a su familia.

Acordaron que cada vez haría lo posible por acceder a uno de los focos frontales del barco y alumbraría en dirección a la casa en un movimiento oscilante, sin importar la hora, anunciando su llegada.



